



- BOSQUE HABANERO.
- UNA RECLAMACION.
- LA ARBOROFOBIA.
- OTRO PROYECTO.
- EL CAMPESINO.

SE HA FORMULADO una demanda, respaldada según se infiere, por múltiples certificaciones y escrituras, reclamando la posesión de los terrenos tomados por el Gobierno para la plantación del futuro bosque habanero. El Estado —sostienen los litigantes— no ha realizado todavía los trámites imprescindibles para la expropiación correspondiente, por motivos de utilidad pública.

La superficie reclamada mide 273.432 metros cuadrados, equivalentes a 27.12 hectáreas, más o menos, o sea unas 28 manzanas «bien despachadas», aproximadamente. Los jueces son los llamados a decidir sobre la autenticidad de los títulos, la procedencia y pertinencia de la reclamación etc., etc. Mientras tanto, cabe observar: los dueños y las dueñas de esos terrenos, sin linderos visibles, tendidos, a la buena de Dios, como un manto de olvido, al me odioso arrullo del Almendares, el río ancestral de linfa azul y tierna... Estableciendo OPORTUNAMENTE su querrela civil, los propietarios se habrían ahorrado imponderables y complicados «papeles», ruinosas pérdidas de tiempo y las pequeñas contrariedades inherentes a los líos judiciales. Tal vez la mejor ocasión habría sido cuando, hace ya algunos meses, el Presidente de la Corporación Nacional de Turismo, doctor Luis Machado, dió a conocer profusamente en todos los diarios capitalinos, su magnífico proyecto sobre la CREACION del Bosque de la Habana a las orillas del Almendares.

LOS PROPIETARIOS de la finca «Embil» han podido salirle al encuentro diciéndole: «Eh!, doctor, por ahí no! No admitimos por ahí libre tránsito... Esa vía es para uso exclusivo nuestro y de nuestras más «exclusivas» amistades. Por ahí, no, doctor». Quizá entonces el doctor Luis Machado hubiera refrenado sus juveniles ímpetus constructivos, y, reflexionando con más calma y sosiego, hubiera llegado a esta sencilla conclusión: «efectivamente, tienen razón los dueños y las dueñas de esos terrenos. Sus escrituras los amparan. Les cabe derecho, para decirlo en voz jurídica. Variemos el proyecto inicial. En vez de pensar en las márgenes del Almendares, cuyas tierras, a pocos metros de las orillas, son eminentemente calcáreas, modifiquemos nuestros planes. Los árboles allí sembrados hasta hoy se hallan fatalmente condenados a muerte por desnutrición progresiva, como los hombres sin trabajo... Cuando las raíces tropiezan con rocas, arena o piedra caliza, los árboles sólo alcanzan la efímera vida de su adolescencia. Perecen irremediablemente al llegar a la edad adulta. Si exceptuamos una pequeña faja de tierras, a corta distancia de las márgenes del

rio, la superficie restante sólo brinda una leve capa de tierra vegetal, de humus... Ahí sólo puede medrar confortablemente el cactus de los desiertos de Arizona, Perú y Chile... El bosque NATURAL de la Habana es la Quinta de «Los Molinos» Ahí hay actualmente árboles centenarios de espeso follaje... Se objetará que eso es pequeño... ¡Bien! Pero podrían adquirirse, mediante expropiación, los solares vecinos. Entonces el bosque proyectado podría extenderse hasta las faldas del «Castillo del Príncipe», dándole luego por la Avenida de «Los Presidentes», expandiéndose a todo lo largo del Malecón y ramificándose por toda el área urbana.

LA PLAZA de Maceo, el Parque Central, la Plaza de la Fraternidad, la deplorablemente abandonada por la incuria municipal Plaza de Finlay, deberían ser otras tantas sucursales del Bosque de La Habana. Mirando bien las cosas, toda la ciudad debería convertirse en un inmenso y esmeraldino parasol, tejido por los ramajes de los árboles. Sin embargo, ocurre todo lo contrario... La ciudad se asfixia... Carece de sus pulmones naturales y artificiales... Se los han amputado... Y, a pesar de las consagraciones espectaculares de la «Fiesta del Arbol» y la Recordación, dijérase que existe una especie de aguda ARBOROFobia colectiva, eficazmente y profundamente estimulada en varios sectores oficiales... Ved, si no, la tala salvaje, inmisericorde y brutal periódicamente realizada, precisamente cuando el calor aprieta, por los hacheros de O. P., en avenidas, parques y paseos. Los laureles del Paseo Martí se hallan bárbaramente mutilados, con sus troncos estúpidamente tatuados, llenos de horribles e irreparables cicatrices... Todas estas reflexiones han podido madurarse en la lúcida mente del doctor Luis Machado, si los propietarios de la finca «Embil» hubieran esgrimido oportunamente sus títulos. Pero ya resulta un poco tarde para regresar del camino emprendido. Se han construido en los terrenos del Bosque obras por más de \$120.000,00 y se han sembrado ya más de 15.000 árboles. No es posible abandonar todo eso! Lo cual no empece para seguir adelante en el laudable empeño progresista, por la ruta seguida en Almendares, ni tampoco para fomentar otro bosque cosmopolita y fraternal en la «Quinta de Los Molinos».

A CONTRAOFENSIVA republicana ha paralizado el ataque sobre Valencia. El ejército del pueblo ha vuelto a cubrirse de gloria, en las jornadas victoriosas del Ebro y Alcañiz. El General Rojo ha destruido los planes estratégicos del Generalísimo insurgente. El Gobierno de Barcelona ha recuperado doscientas cuarenta mil millas cuadradas de territorio invadido por las hordas mercenarias. Las fuerzas italianas han sufrido una nueva y aflictiva derrota. Uno de los jefes más distinguidos por su coraje, su sagacidad y su maravillosa intuición de guerrillero experimentado, en las recientes y gloriosas acciones de guerra, ha sido «El Campesino». ¿Quién es «El Campesino»? He aquí una corta biografía. Se nombra Valentín González. Al estallar la sublevación española el pueblo, por improvisarlo todo, tuvo que improvisar también los comandos miliares. Pocas jornadas bastaron para que el aura popular diera aire de romance a las hazañas de Lister, Durán, Oriega, Medesto y «El Campesino», hombres civiles todos que en la encrucijada de los campos de ba-

talla traían a mal llamar a los profesionales facciosos. En el primer momento el gobierno de la República puso un tope de escrúpulos tradicional a la carrera de estos voluntarios: no podrían pasar del cargo de mayores en la escala de ascensos. Pero ese tope lo desbordó su heroísmo y su capacidad de mando. «El Campesino» nace en Malcocinado, pueblecito agrio y seco de Badajoz en 1904. Se identifica con el terruño su infancia tris-

te. De mozo es el primero en destruir terrones, y, plantado en el surco, semeja un dolmen. Tal es de vigoroso. La bárbara injusticia y la codicia de los terratenientes le muerde la conciencia. Empieza a fermentar su rebeldía de campesino oprimido. A los catorce años, toma parte en un movimiento huelguístico que se pla con fuerza de huracán por tierras de Peñarroya. La guardia civil ensaya una masacre obrera y «El Campesino» contesta con dinamita. En la vista de la causa el fiscal pide para aquel muchacho la pena de muerte. Su juventud le salva. Marcha voluntario al Tercio. Asciende a sargento, pero un día sus puños tropiezan con la cara de un teniente que golpea injustamente a un soldado. Otra vez la amenaza del fusilamiento. Deserta. Se refugia entre los moros.

CUANDO en Julio del 36 voces civiles de España claman por hombres que defiendan a la República contra la invasión extranjera, surge «El Campesino» comandando un batallón mal equipado de trabajadores de la tierra. El y sus hombres están en todos los frentes como una pesadilla para el fascio. Sus acciones tienen una rapidez cinematográfica y una eficacia que asombra. En Romanillo es jefe de un batallón a las órdenes del sector comandado por el bravo capitán Jorge Testena. En Guadalajara, la espantosa derrota italiana, y «El Campesino» manda una brigada y dirige la acción contra el Cerro Garabitas. Le encargan de organizar y dirigir una división y con ella en Brunete protege el ala derecha de Lister, conquista Gijón y Valmorillo y resiste, sin perder un palmo de terreno, todos los contra-

ataques facciosos para copar Brunete, Felchite, cae al impetu de «El Campesino» que lo conquista casa por casa. La acción de Teruel es obra suya que de noche se filtra en las líneas enemigas, corta por el kilómetro 18 al enlace con la carretera general de Zaragoza y abre paso a la división de Lister para que entre en la capital aragonesa. Ahora mismo «El Campesino» contiene sangrientamente la ofensiva rebelde contra Cataluña.

Este es el flamante teniente coronel del ejército republicano. Tiene una particular aversión por los planos y los mapas. Cuando el Estado Mayor alguna vez ha intentado darle consignas ilustradas con mapas y planos «El Campesino» sistemáticamente ha declinado:

—No, no. Así no entiendo nada. Ustedes me dicen qué hay qué conquistar y por dónde debo pasar y yo paso».

¡Y siempre ha pasado!

J. G. S.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA